

El problema, no obstante, pareció que iba á resolverse por el protomártir de la independencia mexicana, por el Lic. Verdad, por el eminente patricio que declaró ante la faz de todos que en la Nueva España *la soberanía había recaído en el pueblo*. Y pudo creerse que la solución se alcanzaba por fin, cuando los fundadores de la patria la independieron, después de combates sin precedente, en los que no hubo pico de montaña, por remontado que estuviera, ni barranca recóndita, por hundida que se encontrara, ni bosque enmarañado, ni lago, ni río, ni población ninguna de nuestro territorio, que no contemplara una proeza, que no oyera los vivas á la libertad, los clamores de la lucha.

El problema sin embargo no se había resuelto realmente: independida nuestra patria, quedó gobernada años y años por minorías: á menudo por soldados audaces, por hombres de fortuna que escalaban el poder, y que del poder descendían cuando otros hombres más audaces ó más afortunados los arrojaban de la altura.

Y es cierto; para honra eterna de México; varios de esos gobiernos efímeros, varios de esos gobiernos impuestos por las minorías, fueron los que, al través de incidentes innumerables, y contando como contaban con algunos de los más excellos hijos de la República, le señalaron la ruta del futuro; aseguraron la defensa perenne de las libertades individuales, por medio del juicio de amparo y garantizaron la posibilidad del desarrollo armónico de todos los intereses, al prescribir la supresión de odiosos privilegios, y al establecer, como piedra angular del edificio en que viniera á vivir la sociedad mexicana, la separación de la Iglesia y el Estado.

A pesar de todo, el pueblo no se ha gobernado por el pueblo; y esto, largos años ha sido ventajoso para el país, porque de tiempo en tiempo, y más á menu-

do de lo que se cree, ha tenido la rara fortuna de que las minorías más inteligentes, las que mejor han entendido y han servido los intereses del pueblo, las minorías en las que descollaron Ocampo y Juárez, para no citar más que á los grandes muertos, se han impuesto sobre los millones de turbas ignaras; sobre las multitudes que, remisas ó indiferentes, abdicaban de sus derechos y dejaban que otros gobernaran en su nombre.

La situación, sin embargo, cambia ahora: un hombre nuevo ha efectuado la inaudita odisea; ha ido de lugar en lugar, al través del territorio mexicano, para despertar á los dormidos; vos, señor Presidente, habéis llamado con ansiosos clamores al pueblo, para que se gobierne á sí mismo.

El grande inconsciente y el grande inerte, el que por centenares de años pareció una sombra, multiforme é indecisa; el que pasaba, larval, por nuestras calles; el que, estoico, moría en las batallas; el que, resignado, trabajaba en nuestros campos, bajo el sol de fuego de los trópicos, se removi6 oscuramente, se removi6 en todas partes, é hizo un ademán de sus brazos hercúleos, y enderezó la doblada cabeza; entonces, la situación vieja se desmoronó; y las multitudes innumerables, con gritos y risas, y lágrimas; manchadas aún de sangre, desmeledadas, convulsas, os levantaron á lo más alto, al Palacio Nacional.

Ha empezado así el gobierno del pueblo; ha empezado, y creo firmemente que va á seguir: ¿qué es preciso, sin embargo, para que,—no vos, señor, en vos debemos creer—sino la serie de gobernantes que en seguida vengan, trabajen siempre por la felicidad de México? . . .

El pueblo va á elegirlos: el pueblo deberá decir quiénes han de ser los gobernadores, los diputados de las legislaturas de cada Estado, los diputados y los senadores del Congreso Federal, los mu-